

El Baluarte

173

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 32

Sevilla—Viernes 7 de Febrero de 1902

AÑO XXVI

Removiendo las cenizas

Los grandes periódicos de Europa, y una parte importante de la prensa norte americana, siguen comentando a su sabor y disputándose la gloria entre las potencias de qué nación del continente, ó no del continente, fué la que puso menos para evitar la guerra, ó la que más contribuyó a excitar a los Estados Unidos contra nosotros.

Rusia no quiso intervenir; Alemania permaneció sorda a nuestros requerimientos; Francia, la republicana Francia, la hermana cariñosa, la vecina estimada, no se atrevió a practicar gestión alguna cerca de las otras cancillerías, por no malquistarse con Inglaterra y por no aparecer sospechosa a los Estados Unidos.

Inglaterra, nuestra buena amiga, la que tiene hincado el diente en nuestro territorio peninsular y pretendió expansionarse extendiendo piernas y brazos por las hermosas comarcas andaluzas, y afirmar su planta en Canarias; esa, no sólo miró con pasividad el desarrollo de los sucesos, sino que nos empujó fuertemente al abismo, brindando sus buenos oficios a los americanos y aun haciéndoles ver claramente que si la lucha estallaba y alguna potencia continental intervenía, entonces brindaba con su concurso armado para ocupar inmediatamente Canarias y bombardear nuestros puertos, amén de lanzar en aventuras por tierra a nuestros vecinos del Oeste.

Pero todo aquello pasó. Se consumó el desastre, y Europa consintió se consumara el atentado, se violara el derecho de gentes y se cometiese la más grande de las iniquidades del pasado siglo.

Y todo lo hizo una nación libre, republicana, pretendiendo representar la libertad é invocando los sagrados derechos de un pueblo que pugna por emanciparse de la tiranía de los españoles.

Que le pregunten ahora a los cubanos, que apelen a los mismos caudillos del entonces por ellos llamado ejército libertador, qué yugo oprime más: si la dominación española ó la opresión yanqui.

Que interpelen a los hijos de las que fueron nuestras más ricas posesiones oceánicas con quién vivían mejor: si con sus civilizadores de ayer, ó con el despotismo y la crueldad de los soldados americanos.

Se remueven hoy las cenizas de nuestros desastres, sin duda porque todavía hay naciones, entre las que forman el gran concierto del mundo, que aún no se ha consumado el atentado, y que hay que ir más lejos en las expoliaciones, hasta que se borre de los vivos la memoria de la existencia de este pueblo, que ha civilizado un mundo.

Pero es porque se cree que los españoles estamos dormidos; que hemos perdido el sentimiento de la dignidad; que no tenemos la afición a la Patria, y que nos hemos hecho tan egoístas, que apenas si nos cuidamos de otra cosa, ni tenemos más ideales, que ayudar a misa y procurarnos el sustento diario, sea del modo que sea.

No nos conocen los que asnos juzgan: que el pueblo que ha caído una y otra, y diez veces, y ha sabido levantarse de nuevo a imponer sus leyes a Europa, nuevo fénix, surgirá otra vez de entre sus cenizas, para demostrar al mundo que nos injuria y nos menosprecia, que la raza ibérica no ha concluido sus destinos, en el que, si conveniencias de reyes para afirmar tronó y dinastía, han podido reducir a sus gobiernos hasta besar la planta al vencedor, España, que aspira a conquistar su soberanía, señora y dueña de sus destinos, sabrá demostrar a los extraños que es grande imponerles el respeto de su nombre y de su historia, y acreditar que puede y quiere, y que su nombre augusto no puede ser impunemente ofendido por nadie, por muy grande que sea y por mucho poder que tenga.

Esos cubanos y esos filipinos que luchan contra los yanquis no hacen más que imitar los ejemplos de que está llena nuestra historia, ejemplos que repetiremos siempre que sea necesario.

Que no se remuevan las cenizas ni se muevan

nuestros doloridos huesos, que el león, con la fiebre y todo, es siempre el león: el dueño del desierto.

A. A.

Nota del día

LUIS ESCUDERO Y PEROSO

Pena desconsoladora me ha causado hoy la Prensa de Sevilla al observar que un maestro de ella se ha muerto, y lo despide como si fuera el boticario de la Algabe.

Únicamente *El Liberal*, en cuya Redacción hay uno que fué amigo y subordinado del muerto, ha dicho algo que pueda dar a conocer al desgraciado que acaba de bajar a la tumba con el corazón despedazado, el sentido revuelto y la naturaleza agotada...

Escritor correctísimo, consumado hablador, poeta, hombre de ciencia, fué un obrero laborioso, digno de figurar entre los hijos más ilustres de Sevilla.

No era como su hermano D. José, de quien decía el eminente Castelar, siempre que de él le hablaban:—Ese hombre sí que es un hombre de talento—pero fué una inteligencia clarísima y un corazón bondadoso.

El puesto que ocupó durante largo tiempo en el Ayuntamiento de Sevilla, del que era Bibliotecario, le obligaba a retraerse de la vida pública y a no tomar parte ostensible en las luchas periodísticas de la localidad, pero jamás negó su concurso en todos los momentos, lo mismo en los más culminantes que en los más ordinarios, para pelear en defensa de las ideas radicales, de las que fué un sostenedor entusiasta.

Las dolorosas contiendas de la vida tornaron su carácter, alegre y expansivo, en huraño y esquivo, teniéndosele, por muchos que no le conocían, por hombre de mal genio.

Antes de perder la razón estuvo hablando con el que estas líneas escribe, rogándole que, al recibir una razón en tiempo oportuno, hiciera todo lo posible para llegar hasta él, porque tenía empeño en entregarme unos escritos...

La razón no ha venido, ni quién sabe si yo hubiera podido llegar hasta él, después de saber ciertas cosas...

Lo que sí puedo asegurar, al ver la esquela mortuoria con que la familia invita a los piadosos funerales por su alma, es:

Que si D. Luis Escudero y Peroso tiene que entrar en los cielos con esos responsos, estoy convencido de que llega a la puerta y dice:—¡Me traen a la fuerza! Yo no soy de esta parroquia. Dejadme ir al Infierno, donde pueda aguardar a mi amigo *Carrasquilla*.

—¡Qué triunfo!—dirá la gente negra.
—¡Todos como ese!—digo yo.
¡Era un pobre demente a la hora de morir!...

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Lo primero que me echo a la cara es un letrado muy grande que trae hoy *El País* a la cabeza, y que dice:

SE ACABO LA VERGUENZA.

Y no se me ha ocurrido otra cosa que decir:

—¡Ahora se ha enterado este! Está algo atrasadillo.

Al *Capitán Verdades*, Diputado y periodista, lo van a empapelar, porque la Comisión de señores que entendió en eso del duplicatorio al Congreso para procesarlo, ha acordado que sí, que procede en derecho, porque armó una escandalera en Cortes contra el Sr. Moret; y como este señor probó elocuentemente que estaba más limpio que la Pura y Limpia Concepción, y se lo creyó la gente de dentro, porque la de fuera se guimos creyendo lo otro, de ahí... que se le procese.

¡Ah!... Para colmo de desventuras en el señor *Capitán Verdades*, se le procesará a instancia, del señor Gobernador de Barcelona, un tal Socías que se ha captado todas las maldiciones del pueblo catalán.

¡Otra Pura y Limpia como el Sr. Moret!

Ahora, vamos a otra cosa.

Se dice que el Sr. Manzano, Gobernador de Sevilla, será ascendido, llevándolo a Barcelona, en donde se estrellará, Sagasta mediante.

Esta noticia infausta a nadie le ha dolido tanto como a nuestro querido colega *La Iberia*, que sale hoy todo acongojado diciendo que eso es una inhumanidad.

A lo que dirá el Sr. Manzano:
—Mira, Juan José: de lo bueno, poco. Si yo sigo aquí de gobernador, me voy a indisponer con todo bicho viviente. Yo he tomado a pecho eso de que no se juegue a los prohibidos, y, al tomarlo, ya sabía que me habría de costar el puesto. Pero como quiera que mi carrera es esa, y, al quitarme de aquí por bueno, me han de recompensar, hémeme ya en camino de llegar al pináculo... No te apures; consuélate al saber que, si voy a Barcelona, me reventaré allí como se ha reventado Socías, y como se reventará todo el que vaya; porque allí no es como aquí: aquí sois entre todos hasta 150,000 almas con conejales y todo; y allí son 500,000 almas catalanas, más duras que marmolillos y más levantiscas que un vendaval.

Si será mentira, si será verdad eso de la marcha del señor Gobernador, no se sabe aún.

A juzgar por lo que dicen los jugadores... se va.

Se va... ó claudica.
Hé ahí el dilema.

Por lo demás, tan contento estoy yo con el Sr. Manzano como con el Sr. Peral, como con cualquier otro árbol gubernativo que dé buena sombra.

Esta mañana sonó un trueno tan retumbante, tan atroz y tan constante, que, la verdad, ¡me asustó!
Yo ví la gente correr, y a los pájaros huir, y a los chiquillos reír, y a las canales caer.
Una cosa me consuela: que pasaban dos chiquillas y les ví las pantorrillas... ¡y eso sí que era canela!

El Dr. Moliner, célebre en los fastos tísicos de la historia taurino-universitaria de Valencia, ha desafiado a Rodrigo Soriano por yo no sé qué palabras dichas en el Congreso, ó fuera de él.

El agravio del doctor parece que era, como las letras de cambio, a ocho días vistas y el tribunal competente reunido ha acordado que no ha lugar a deliberar porque, si el agravio no le escoció en el día 20 de Enero, menos le escocerá en el 6 de Febrero, porque ya se ha enfriado.

El tal doctor se conoce que es de esos que se enteran que le han ofendido cuando un amigo le dice:

—Pero, hombre, ¿no has notado que te han puesto como un trapo?

—No me he dado cuenta.

—Pues si te ha dicho esto, y lo otro, y lo de más allá...

—Entonces... será necesario enfadarme.

Voy a consultar si me enfado ó nó.

El señor Conde de Albornoz—muy señor mío é ilustre conde—se ha levandó en el Senado a decir que el cargo de senador que ostenta el alcalde de Sevilla, Sr. D. Manuel Héctor Abreu, es incompatible con el de la alcaldía de Sevilla.

Y el Sr. D. Manuel Héctor debería levantarse hoy en los escaños del municipio sevillano a decir:

Que el cargo de Conde y de Senador es incompatible con el de policía ó alguacil, que es el que ha desempeñado a las mil maravillas, en esta ocasión, el de Albornoz.

Porque, por lo demás, yo creo que al señor Héctor Abreu le dará lo mismo lo uno que lo otro.

Y entre ser Senador, y pasar desapercibido, y ser Alcalde de Sevilla y ser querido y respetado, ya hay un condado de Albornoz de diferencia.

Un articulista que echa un rato a las cuestiones suscitadas entre el Banco de España y nuestro actual ministro de Hacienda, dice:

«Nosotros lo hemos dicho y lo repetimos hasta la saciedad: lo que hace falta es crédito, crédito y crédito. Que el agricultor encuentre en el Banco de España, en ese coloso que hoy sólo presta a los que no lo necesitan, a los grandes capitalistas, crédito para levantar sus cosechas; que el comerciante modesto encuentre en el Banco crédito para ampliar su negocio; que el que tiene valores industriales encuentre en el Banco crédito para pignorar sus títulos.

Esto es de sentido común, y nosotros cre-

mos que todo lo demás son logomaquias con que quieren engañar a los bobos unos cuantos vivos que manejan al ministro a su antojo.»

¿En qué quedamos?

Todas las cuestiones en las que hay dinero de por medio son un puro lío.

Sin embargo, lo que dice este señor no me parece mal.

Y me parecería mejor si añadiera, además del comerciante modesto y el agricultor, etcétera, a nosotros los que no somos agricultores ni comerciantes... ¿Por qué hemos de estar excluidos de todos los beneficios?

—Porque ustedes no tienen crédito.

¡Ah!... Porque nosotros no tenemos créditos.

¿Y quiere usted decirme en qué consiste el crédito?

—En el capital ó cosa que lo valga.

Y el capital ó cosa que lo valga, sin nosotros los que no tenemos cosa que lo valga ni capital, ¿quiere usted decirme qué valdría?

—Nada.

Entonces...

—¡Esto es un lío!

Eso digo yo: ¡esto es un lío que siempre se lo llevan los peces gordos!

Otra vez se habla de crisis, porque el Ministro de Hacienda quiere marcharse a su casa huyendo de las peleas...

Y otra vez Sagasta dice que en la crisis no se crea, porque esas son tonterías de los que quieren carteras.

Y Sagasta se lo explica de la siguiente manera:

—¿Qué ha sucedido, señores?

—¿Que don Miguel Villanueva se riñe con Romanones?

—¿Eso lo hace cualquiera?

—¿Que don Alfonso González no sabe lo que se pesca,

y ocupa su ministerio como un palco ó una platea?

Y eso, ¿qué tiene de extraño para que la gente crea que vamos todos a irnos mientras dure la Regencia?

Todos estamos conformes, y a España la haremos nueva vendiéndole a Francia un poco,

y que lo quiera a Inglaterra.

Noticia interesante é importantísima que publica mi querido colega *El Noticiero Sevillano*:

«Hoy hace veinte y dos años que el cardenal Lluç consagró en nuestra basílica, como obispo de Milo, *in partibus infidelium*, al arzobispo don Marcelo Spínola y Maestre.»

¡Ajajá!... Veintidós años ya, y parece que fué ayer.

Desde el *in partibus infidelium* hasta el *in partibus personalium* transcurrieron algunos años.

Bien. Sin cotizarle las bulas, ni las indulgencias, ni las bendiciones, ni los permisos de entrada en el cielo y demás derechos de la aduana celestial, vamos a suponer que haya ganado nada más que seis mil duros por año.

22
× 6

132,000 duros.

Ciento treinta y dos mil duros por la parte más corta.

—¡Nuestra bolsa está vacía! ¡No tenemos un cuarto!—dice a cada momento D. Virtuoso.

Bendito pastor, ¿dónde lo echas, que no lo vemos?

CARRASQUILLA.

Las mujeres del día

SOBRE EL DIVORCIO

La prensa diaria ha cumplido su misión *papelera* é informativa, detallando un suceso singular, enterando al público, ce por be, del calvario de esa pobre mujer a quien, por reminiscencias de folletín, han llamado varios *reporters* *La Esposa Mártir*.

Y sin embargo, los periódicos no han cumplido otra misión, la más alta y la más grande: la de comentar, con indignación justísima, el dolor de la mujer infeliz y la infamia sin nombre de ese marido miserable.

La de pedir, nunca con más razón, que los legisladores y los socio logos, los que teorizan y les *ponen* delante de sus ojos este cuadro de barbarie sin ejemplo, aboguen sin descanso porque el porvenir de la mujer se ennoblezca, porque se corten de raíz todas las causas y todos los

motivos que, mediata ó inmediatamente, esclavizan á la mujer casada bajo la férula de un marido salvaje.

Ved á esa infeliz viviendo años y años en una reclusión de sierva, sin aire, sin sol, sin alegría, apaleada á diario brutalmente, terriblemente, oyendo, entre los golpes de su verdugo, cómo los hijos de su alma pedían de comer.

¿Imagináis algo tan cruel, tan horrible, tan desesperante?

Pensad cuántas esposas desdichadas viven un calvario parecido, sujetas, esclavizadas, en un vivir que no es de mujeres, sino de bestias. Ved si esto es humano, si esto puede consentirse, si esto no debe remediarse absolutamente, inmediatamente.

¿Qué recurso dan vuestras leyes á la mujer maltratada por su marido? ¿El divorcio!

El divorcio, sí. Pero tan estrecho, tan regulado, tan capcioso, tan mezquino, tan imposible, que más que una libertad es una esclavitud, más que un derecho libre un formulismo odioso, más que un amparo de la mujer un laberinto de juicios, de demandas, de papel judicial, de costas y de pesquisas, en donde la mujer se pierde y se ahoga.

¿Por qué nuestra ley de Enjuiciamiento dispone que las demandas de nulidad de matrimonio y de divorcio deban decidirse en juicio de mayor cuantía?

¿Qué espíritu burgués y pacifista inspiró á nuestros burgueses legisladores que el juez haya de elevar aquellos antes á la Audiencia territorial, que ésta haya de oír á las partes, y que siempre sea el ministerio público quien decida ABSOLUTAMENTE en la sentencia? (Art. 679 de la ley de Enjuiciamiento.)

Con un procedimiento así, dilatorio y de aguante, ¿qué han de hacer las pobres mujeres martirizadas?

¿Ni qué saben ellas de procedimientos ni de leyes?

¿Ni qué adelantarán con ir al juez, si los trámites de ese formulismo entorpecedor les quitarán los alientos de pedir justicia?

Esos señores que discursan en el Congreso, que en el Ateneo se dan pisto y que en los grandes periódicos hacen fondos como quien hace escobas, ¿cómo no ven la patente necesidad de ensanchar, siquiera humanamente, la legislación femenina, de facilitar el procedimiento en casos como este de la esposa mártir, de desbrozar todo ese farrago inconcebible que estorba la libertad, el amor y la alegría de una pobre mujer sin amparo?

Ahí están, en ese Código civil tan hipócrita y tan engañoso, las pocas líneas dedicadas á la mujer.

¿Qué son sino un recuerdo mezquino, algo así como la sonrisa de protección de un burgués Sancho Panza, incapaz, por las condiciones de su gordura egoísta, de tener un solo pensamiento elevado?

No dudo que el caso de barbarie de esa pobre mujer martirizada ha de repetirse con una dolorosa frecuencia. Porque mientras la prensa reduzca su misión á la de una habilidosa comadre, y los políticos sus tareas á hacer leyes sólo para hombres, la mujer española seguirá esclava é irredenta. Y las cuerdas de la prostitución y del adulterio pasarán por todo el país con el rumor de sus groserías ó de sus blasfemias.

EDUARDO ALBAREDA.

REPRESION DEL MODERNISMO

El modernismo viene á ser hoy en España (dicho sea sin ofender á nadie) una epidemia análoga á la peste bubónica, y otras muchas enfermedades que, sin permiso de uno, se meten por los poros de la piel como Perico por su casa.

Nunca fui enemigo de las iniciativas; mucho me agradaron siempre, como todo aquello que aspira á ensanchar los horizontes del saber humano; pero, caballeros, ¡qué extremo hemos llegado en esto del modernismo!

Estoy seguro que, por mucho que se esfuerce Valero de Tornos, no encontrará quien le desina esa palabra, tan en uso hoy como las pastillas de clorato potásico.

Las extravagancias suelen ser, á veces, hijas del genio; pero los desatinos, nunca, si no se encuentra entre ellos un rasgo de inspiración sublime que desvanezca lo ridículo.

Admito y admito (sin alejarme del medio ambiente que me rodea) á un Santiago Rusiñol con el cabello á la negligé, y todo lo que ustedes quieran; con lo que no transijo es con su prole. Que un artista consumado tenga el prurito de significarse entre la muchedumbre,

por su indumentaria y manera de ser, está bien; lo que no se puede soportar es que un jovencito de quince ó veinte años, hijo de familia en todo, hasta en la manera de discernir, se las dé de lumbrera inestimable, ya componiendo versos que hay que recorrer en tranvía, ya trazando garraños imposible de comprender, sobre un lienzo excesivamente paciencioso.

No es esto sólo, sino que el que tal hace, despréndese con marcado desprecio de los vestidos que posee y adopta otros en consonancia con su imbecilidad, diciéndose para sí, enorgullecido de su persona:

—Aquí estoy yo.

Y pasa usted por su lado y su melena le sacude las narices á guisa de quitamoscas.

¡Oh, insigne Taboada! Haces bien en no morirte.

La represión del modernismo ha de venir, porque el sentido común (ese gran dictador de leyes), la impondrá.

Por lo pronto yo pondría en vigor estas disposiciones:

1.ª Todo aquel que componga un verso cuya longitud necesite más de dos ojos para leerlo, como ciertas piezas musicales de á cuatro manos, será condenado á vivir seis meses consecutivos en calidad de huésped en una casa de tales.

2.ª Al pintor que pintase figuras en actitud estrambótica, como pueden verse por ahí, se le exhibirá en la misma posición dentro del escaparate más céntrico de la capital.

Y 3.ª El ciudadano que se dejara crecer el cabello fuera de lo corriente, será condenado á servir de limpiatubos.

Con estas tres disposiciones y unos cuantos laceros acabaríamos por volver á ser una balsa de aceite.

MIGUEL DE SILES CABRERA.

De actualidad

El Consejo de ministros celebrado ayer fué breve.

Sagasta en su discurso ocupóse de la marcha de los debates y asuntos del interior y extranjero.

La Regente comunicó deseos de que el sábado se celebre la recepción militar suspendida el día de Reyes.

En el consejo se aprobaron expedientes de resolución de carácter general, respecto de la petición de resarcimientos por perjuicios durante la guerra de Cuba.

Autorizando á que se verifiquen por gestión directa los servicios de saneamientos de cuarteles del ejército.

Cambiáronse impresiones sobre la situación política y parlamentaria.

Estudiáronse los deseos de la Regente respecto de la recepción militar para el sábado. Enuéntranse inconvenientes.

Nada se trató de la sustitución de Gullón. Ignórase cuando regresará Pidal.

La Mesa del Senado puso á la sanción las leyes concediendo las ventajas del retiro de los jefes de la escala activa y de reserva.

Ascensos de sargentos inválidos. Modificando el artículo 8.º de la ley del Estado Mayor del Ejército.

Almodóvar ha manifestado que nada se ha decidido sobre el sustituto de Gutiérrez Agüera en Viena.

El Gobierno armonizará las sesiones de Cortes del sábado con la recepción militar en Palacio.

La columna Leader derrotó al boer Delarey matando 7 y capturando 131, entre quienes figuran varios jefes.

Se ha vuelto á insistir, á pesar de la reserva de los ministros, en que pronto habrá una nueva combinación de gobernadores.

Se afirma que el señor Manzano, que lo es de esta provincia, irá á Barcelona.

El señor Bahamonde es el candidato para Sevilla, antiguo oficial primero del ministerio de la Gobernación, gobernador de Logroño en tiempo del señor Silvea y en la actualidad de Valladolid.

Para esta vacante será nombrado, según el rumor público, el señor Avedillo, que fué hasta hace poco de Zaragoza.

La cuestión pendiente entre los diputados señores Moliner y Rodrigo Soriano, por ataques personalísimos, amenaza ser seria.

En el Congreso falló el tribunal de honor que no procedía verificar lance personal alguno.

Por el gobernador civil de Madrid se ha prohibido arrojar en los cafés y análogos establecimientos públicos confetis y serpentinas durante las fiestas del próximo carnaval.

Se ha dicho en el Congreso que en el Consejo celebrado ayer insistió el Sr. Urzáiz en su

dimisión, vista la campaña de hostilidad que por algunos elementos de la mayoría se le hace.

Se añade que el Sr. Sagasta le contestó que los ataques dirigidos al ministro los consideraba dirigidos al Gobierno en general.

—Además—añadió—el Círculo Mercantil informará el lunes ante la comisión, defendiendo el proyecto sobre circulación fiduciaria.

Ayer tarde se reunió en la alta Cámara la comisión que entiende en el proyecto de ley municipal, asistiendo el ministro de la Gobernación, que explicó á los comisionados algunos puntos de la futura ley, juzgados por aquellos de dudosa interpretación.

Ha salido para Roma, á posesionarse de la Dirección de la Academia Española de Bellas Artes en aquella ciudad, el ilustre escultor don Mariano Benlliure, despidiéndole en la estación numerosos amigos, discípulos y entusiastas partidarios.

Después de terminar el debate en el Congreso, se reunió la comisión que había de informar sobre el suplicatorio para procesar al Capitán Verdades, acordando acceder á su concesión por cuatro votos contra tres.

El Sr. Lerroux ha anunciado voto particular.

En la reunión celebrada ayer tarde por los ministros, los señores Urzáiz y Villanueva volvieron á tratar acerca de la necesidad de conceder crédito para la extinción de la langosta, y como quiera que el ministro de Hacienda no se mostrase muy dispuesto á concederlo, el señor Villanueva expuso vivamente los compromisos contraídos.

Esto motivó una discusión entre ambos bastante movida.

La comisión del Congreso que entiende en el proyecto de ley sobre propiedad industrial se reunió, bajo la presidencia del Sr. Dato, comenzando el estudio del proyecto.

No se adoptó acuerdo alguno, por hallarse ausente uno de los vocales, el señor Gómez Siguera.

La comisión volverá á reunirse en la semana próxima.

Los panaderos huelguistas de Cartagena han exigido á los patronos que despidan á los obreros que los sustituyeron durante la huelga.

También han pedido en concepto de indemnización una peseta por cada día que no trabajaron.

COCÓ

En muchas leguas á la redonda se llamaba á la granja del señor Luca la *alquería*. No se sabe por qué. Sin duda, los aldeanos unían á dicha palabra cierta idea de esplendor y riqueza, porque la granja en cuestión era seguramente la más vasta, la más opulenta y la más ordenada de la comarca toda.

El patio, inmenso, rodeado de cinco hileras de árboles magníficos, abrigó de los rechonchos y delicados *pumares* contra el viento tempestuoso de la planicie, encerraba extensas construcciones cubiertas de lona para conservar los forrajes y los granos, establos amplios de silex, cuadra para treinta caballos y una casa habitación de piedra roja simulando, un castillo en miniatura.

Los estercoleros estaban repletos: los perros de guarda habitaban casitas de madera: un pueblo de aves de corral circulaba bajo la hierba altísima.

Todos los días, á la hora de comer, quince personas se sentaban alrededor de la mesa de cocina, donde humeaba la sopa en una gran sopera de porcelana con flores azuladas.

Las bestias, los caballos, vacas, puercos y carneros estaban rollizos, cuidados y limpios: el tío Lucas, el dueño, un hombre panzudo, *hacia su ronda* tres veces al día, velándolo todo, pensando en todo.

En el fondo de la cuadra, por caridad, se conservaba un viejo caballo blanco que la dueña quería tener hasta su muerte natural, porque ella le había educado, guardado siempre, y porque traía á su memoria recuerdos de la juventud.

Un pillete de quince años, Isidoro Ruval, llamado generalmente Sidoro, era el encargado de atender á este invalido, dándole en el invierno su medida de avena y su forraje, y yendo cuatro veces al día en el verano á mudarle del sitio que se le átaba á fin de que tuviese hierba fresca y abundante.

El animal, tullido casi, arrastraba con esfuerzo sus ya pesadas piernas, hinchadas por las rodillas y por encima de los cascos. Sus crines desmadradas parecían cabellos humanos, y sus larguísimas pestañas daban á sus ojos una expresión triste y profunda.

Cuando Sidoro lo llevaba al pasto, tiraba

fuertemente de la cuerda: con tanta lentitud iba la bestia; y el pilluelo, inclinado, jadeante por el esfuerzo, juraba contra ella, se exasperaba de tener que cuidar tal *rocin* viejo.

Las gentes de la granja, viendo la cólera del mozuelo contra Cocó, se holgaban grandemente, y hablaban sin cesar del caballo á Sidoro para molestarle. Sus compañeros le embromaban; se le puso un apodo: Cocó-Sidoro.

El guarda rabiaba, sentía nacer en su ser un deseo sordo de vengarse del caballo.

Era un muchacho delgaducho, de piernas altas, muy sucio, con cabellos rojizos, espesos, duros y erizados. Parecía estúpido, hablaba á tropezones, con infinito trabajo, como si las ideas no hubiesen podido formarse en su *alma compacta* de bruto. Desde algún tiempo atrás se asombraba de que se conservase una bestia inútil. Desde el momento que no trabajaba, le parecía injusto alimentarla, desperdiciar avena, la avena que estaba tan cara, con aquel mueble paralítico. Y muchas veces, apesar de las órdenes del tío Lucas, economizaba los piensos, el heno, la cama. Y el odio crecía en su espíritu confuso de niño, odio de aldeano socarrón, feroz, brutal y cobarde.

Cuando llegó el verano, fué preciso ir á mover el caballo de poste. Era lejos. El granuja, cada mañana más furioso, partía con paso tardo á través de los trigos.

Los trabajadores en las tierras le gritaban en broma:

—Sidoro, presenta mis respetos á Cocó.

El no rechistaba; pero cogía al pasar por algún sitio una vara, y después que había mudado de sitio al animal, le dejaba volver á pacer; entonces, acercándose traidoramente, le cruzaba á varazos los corbejones. El caballo intentaba huir, escapar á los golpes, corriendo en redondo como si estuviera encerrado en una pista; y el guarda corriendo, detrás siempre, golpeaba con rabia, encarnizado, los dientes apretados por la cólera.

Luego se iba lentamente, sin volver la cabeza, mientras Cocó le miraba partir con su triste mirada de viejo, los flancos agitados, sin respiración de tanto trotar. Y no volvía á bajar hacia la hierba su cabeza huesuda y blanca hasta después de haber visto desaparecer á lo lejos la mancha azul de la blusa del aldeano.

Como las noches eran calientes, se dejaba al caballo durmiendo fuera, allá abajo, en la orilla del arroyo, detrás del bosque. Sólo Sidoro iba á verle.

El muchacho se divertía también arrojándole piedras. Se sentaba á diez pasos de él, sobre un taúd, y allí permanecía por espacio de media hora, lanzando de tiempo en tiempo un guijarro cortante al peanco, que permanecía de pie, atado delante de su enemigo, mirándole sin cesar, y sin atreverse á pacer antes de que marchase.

Pero en la mente del granuja estaba fijo siempre este pensamiento: «¿Para qué dar de comer á un caballo que no puede hacer nada?» Le parecía que aquel *miserable rocin* robaba la comida de los otros, el haber de los hombres, el bien del señor; le robaba hasta á él mismo, Sidoro, que trabajaba.

Entonces, poco á poco, cada día el guarda disminuía la zona de pasto que antes le daba, avanzando la estaca en que estaba fija la cuerda.

La bestia, con el ayuno, adelgazaba, se moría. Demasiado débil para romper su atadura, extendía la cabeza anhelante hacia la hierba alta, verde y luciente, tan próxima, cuyo olor percibía sin poder tocarla.

Una mañana, Sidoro tuvo una idea: la de no mover más de sitio á Cocó.

Estaba cansado de ir tan lejos por un carcajal. Sin embargo, fué á saborear su venganza. La bestia inquieta le miraba. Aquel día no lo golpeó. Daba vueltas alrededor con las manos en los bolsillos. Luego, hizo ademán de cambiarla de lugar; pero volvió á meter la estaca en el mismo agujero y se fué, encantado con su invención.

El caballo, viéndole marchar, relincho para llamarle; pero el pilluelo se puso á correr dejándole solo, completamente solo; bien amarrado sin una brizna de hierba al alcance de sus mandíbulas.

Hambriento, trató alcanzar la hierba que casi tocaba con el extremo de sus narices. Se puso de rodillas, tendiendo el cuello, alargando ansiosamente sus grandes bellos babosos. En vano. Durante todo el día, la pobre bestia vieja se agotó con sus esfuerzos terribles inútiles, con sus esfuerzos terribles. El hambre la devoraba; hambre que hacía más afrentosa la vista de todo el verde alimento que hasta el horizonte se extendía.

El pilluelo no volvió aquel día. Anduvo buscando nidos en el bosque. Al día siguiente fue como siempre. Cocó, extenuado, se había ten-